



RECENSIONI & SCHEDE

José Antonio Guillén Berrendero, Teresa Martialay Sacristán, Jorge Fernández-Santos Ortiz-Iribas (editores), *“De señal y prerrogativa de nobleza”*. *Heráldica, honor y virtud, siglos XIV-XIX*, Sílex Universidad-Historia, Madrid, 2021, pp. 419.

La obra *“De señal y prerrogativa de nobleza”* *Heráldica, honor y virtud, siglos XIV-XIX*, incorpora un conjunto de aportaciones sobre la nobleza, la virtud y la heráldica, conceptos que se encuentran vinculados y que, desde los comienzos de la doctrina nobiliaria, diferentes autores interesados en esta temática han trabajado. Si bien es cierto que el tema de la heráldica y la nobleza han sido tratados en el pasado principalmente desde el punto de vista de los heraldistas y genealogistas, esta obra permite ampliar la visión sobre el estudio de esta interesante temática, aportando novedosas perspectivas de un selecto grupo de docentes, investigadores y expertos pertenecientes a otras disciplinas académicas, entre los cuales se encuentran los historiadores.

El libro pone su foco en un tema que, pese a ser tradicional en los estudios sobre lo nobiliario, analiza la relación dialéctica entre nobleza como grupo y los elementos simbólicos que la representan. Los autores, provenientes de diferentes tradiciones académicas, inciden en demo-

strar cómo la heráldica jugó un papel fundamental para definir lo nobiliario. Del mismo modo, el texto analiza la socialización de los valores del grupo mediante las prácticas propias de la cultura política de la nobleza y de la cultura administrativa en la Monarquía de España. Libro coral, abre la puerta a más preguntas que respuestas, lo que le convierte en un magnífico modo de medir los nuevos caminos de la historiografía sobre la nobleza que entre otros, abrió hace ya algunos años, D. José Antonio Guillén Berrendero, D. Adolfo Carrasco o D. Juan Hernández Franco, entre otros. Asimismo, se debe destacar que la obra ofrece aportaciones amplias desde un punto de vista temporal, ya que las contribuciones recogen aspectos que tuvieron lugar a lo largo de un extenso periodo de tiempo, puesto que todos los estudios de la obra ofrecen hallazgos significativos que tuvieron lugar desde la Baja Edad Media hasta finales del siglo XVIII.

Asimismo, se debe resaltar que esta obra colectiva ha sido fruto del esfuerzo, dedicación y la valiosa labor desempeñada por el equipo de coordinadores del libro, quienes han tenido la habilidad de orquestar esta brillante publicación. Me estoy refiriendo a los doctores D. José Antonio Guillén Berrendero, D^a. Teresa Martialay Sacristán y D. Jorge Fernández-Santos Ortiz-Iribas, los cuales han demostrado su acierto en la

planificación, desarrollo y ejecución de la obra, seleccionando a cada uno de los autores, coordinando cada una de las aportaciones, y estableciendo las bases para que esta obra se convierta en el futuro en una de las publicaciones de referencia en el ámbito académico relativo a la nobleza, la heráldica y la Historia.

Por tanto, esta novedosa obra ofrece en su contenido diversos análisis y debates sobre la utilización de la heráldica, el derecho sobre las armerías y el planteamiento de la virtud como especificidad nobiliaria. Además, permite observar la relaciones del grupo nobiliario con las diversas dinastías que reinaron en el continente europeo durante la Baja Edad Media y la Edad Moderna, y se plantean la relaciones existentes entre la heráldica y los documentos nobiliarios, mostrando una visión conceptual, ética e histórica sobre la nobleza a través de una aproximación a sus formas de expresión simbólica, literaria y administrativa.

En cuanto a la estructura de la obra, esta se compone por un primer capítulo introductorio ofrecido por uno de los coordinadores de la obra, el Dr. D. José Antonio Guillén Berrendero, que se titula "Liberalidad: notas para una visión de ser noble en el siglo XVII". Asimismo, el libro se integra por dos grandes ejes temáticos, donde, a su vez, se recogen las brillantes e interesantes aportaciones de un prestigioso grupo de docentes, investigadores y expertos.

En primer lugar, la obra aborda una primera parte relativa a la "Heráldica", donde se recogen las siguientes aportaciones: "De derecho, nobles y armas" (Dr. D. Fernando Suárez Bilbao); "La heráldica del príncipe de Viana. ¿Un espejo de heroísmo?" (Dra. D^a. Vera Cruz Miranda Menacho); "Entrelazamientos heráldicos: La emblemática de la Casa de Braganza (siglos XV-XX)" (Dr. D. Miguel Metelo de Seixas); "Sin travesía

de mujer: ascendencia patrilínea y heráldica de los Haro entre Edad Media y Edad Moderna (Dr. D. Jorge Fernández-Santos); "La heráldica de los caballeros fundadores de la Real Maestranza de Sevilla: orígenes diversos y su reflejo en sus armerías" (Dr. D. Juan Cartaya Baños); "Grafitos históricos y heráldica" (Dr. D. Gonzalo Viñuales Ferreiro y Dr. D. Alberto Polo Romero).

La segunda parte aborda el tema "Nobleza y práctica de la virtud", donde se incluyen las siguientes aportaciones: "Scienza dell'onore e professori d'onore in Italia fra XVI e XVIII secolo" (Dr. D. Marco Cavina); "Juan de Acuña y Bejarano, I marqués de Casafuerte" (Dr. D. Juan Francisco Baltar Rodríguez); "Todos blasonan, nadie les limita: el origen común godo como justificación de la antigüedad de linaje" (Dr. D. Alejandro de la Fuente Escribano); "Ascenso al honor por el envilecimiento. La sátira como arma anti conversa" (Dra. D^a. Teresa Martialay); "Común conveniencia de alma y cuerpo: La dimensión corporal de la virtud en Juan Eusebio Nieremberg y Baltasar Gracián" (Dr. D. Gijs Versteegen); "Un modelo de perfección nobiliaria en el Renacimiento español: el seguimiento de Cristo en San Juan de Ávila" (Dr. D. Miguel Ángel Dionisio Vivas); "Ministros de virtud conocida. Teoría y práctica de un modelo político-administrativo a través de la obra de fray Juan de Santa María" (Dr. D. Fernando Negredo del Cerro); "Trapicheando con la virtud. Las "gracias al sacar" en la cámara de Castilla (1700-1834)" (Dr. D. Manuel Amador González Fuertes).

En definitiva, este obra contiene un estudio multidisciplinar sobre la nobleza, incorporando quince aportaciones brillantes que recogen los aspectos más interesantes desde el punto de vista historiográfico, nuevas problemáticas que se deben plantear, así como interrogantes que

permitirán plantear nuevos e interesantes debates sobre la nobleza y todo lo que le rodea.

José Enrique Anguita Osuna

Pietro Dalena, *Civiltà in cammino. Dinamiche ambientali, sociali e politiche nel Mezzogiorno medievale*, Adda Editore, Bari, 2022, pp. 374

La crisi pandemica, che ha messo in ginocchio l'intero pianeta nell'ultimo biennio, ha generato una riflessione multidisciplinare, che ha visto coinvolti soprattutto gli storici, chiamati a fornire esempi, testimonianze e chiavi di lettura provenienti dalle passate esperienze relative alla gestione delle crisi emergenziali (pestilenze, terremoti, inondazioni, locuste, siccità, carestie, uragani) che hanno sconvolto, ciclicamente nel tempo, la società e il suo "cammino". Su questi temi – su cui tra il 2020 e il 2021 sono stati dati alle stampe numerosi saggi e monografie di taglio storico-giuridico – un punto di riferimento è certamente rappresentato dal recente volume di Pietro Dalena, *Civiltà in cammino. Dinamiche ambientali, sociali e politiche nel Mezzogiorno medievale*, che presenta una analitica ed affascinante ricostruzione del cammino affrontato dalle civiltà medievali del Mezzogiorno attraverso le complesse vicende generate dalle calamità naturali.

Suddiviso in cinque capitoli dedicati alle dinamiche sociali delle malattie epidemiche, agli assetti viari, alle politiche di viabilità e agli aspetti di civiltà longobarda, normanna e sveva – corredati da appendici documentarie, mappe storiche e immagini dei luoghi citati – l'Autore mette in evidenza il "rapporto obliquo" esistente tra uomo e ambiente e l'incidenza dei fattori naturali imponderabili ed imprevedibili sul cammino dei popoli, ostacolato da crisi sociali

e demografiche. In tale contesto le "pestilenze" (termine utilizzato per identificare ogni tipo di malattia contagiosa) hanno sempre rappresentato un fattore particolarmente significativo sulla vita delle società, incidendo sul rialzo dei prezzi, sui disordini provocati dalla penuria di cibo, sull'aumento dei reati contro la proprietà, sulla migrazione per fame, sul diffondersi della paura e sull'ansiosa ricerca dei rimedi nella stregoneria o nell'attività prodigiosa dei santi (Ivi, p. 23).

Su queste premesse, Dalena ricostruisce l'eclissi della civiltà romana in Italia attraverso il primo medioevo, evidenziando la rilevanza che ebbero i flagelli naturali nel concorrere – assieme all'invasione longobarda – a decimare la popolazione italiana e polverizzare forme etiche e schemi civili, rompere gli assetti istituzionali, il sistema relazionale e le pratiche sociali e ridurre le attività economiche a forme di sussistenza. Tra queste, soprattutto l'epidemia di peste che, partendo da Costantinopoli nel 531 d.C., si diffuse in tutta Europa con la guerra greco-gotica (535-553), segnò una svolta epocale – come testimoniato da Procopio da Cesarea, da Gregorio Magno e, successivamente, da Paolo Diacono – contribuendo in maniera significativa «a demolire le ultime vestigia dell'organizzazione territoriale e sociale romana (basata sulla rete di collegamenti tra le città, su un'attiva vita civile, sulla centuriazione dei terreni agricoli e sulle grandi rotte mediterranee)» (Ivi, p. 28). Ciò spiega lo spopolamento delle città e l'abbandono delle reti viarie, causa di un processo di "desocializzazione" che condusse a cancellare consuetudini e tradizioni giuridiche e a generare un regresso economico e socio-culturale.

Fu grazie all'assestamento longobardo nel Mezzogiorno che, alla fine dell'VIII secolo, ci fu una graduale

ripresa dovuta al ripopolamento e alla riqualificazione urbana del territorio, che avrebbe portato alla ricomparsa di alcune città cattedrali tra la fine dell'IX e XI secolo, con la ridefinizione territoriale di alcune strutture economiche di età romana conservate nelle consuetudini locali e adottate con rinnovata modalità di gestione del grande dominio fondiario (sistema curtense). Si assistette, inoltre, al risveglio delle attività economiche grazie ai pellegrinaggi per ragione di fede, di studio e di commercio, che condussero, lungo le principali arterie di collegamento, alla nascita di centri assistenziali come *xenodochia* e *hospitalia*. Il progresso materiale e spirituale che incarnò lo sviluppo dei popoli in cammino viene efficacemente definito dall'Autore con i termini «viabilità e diritto», che mette insieme leggi e strade quali elementi fondanti della trasformazione sociale in atto: «solo attraverso le strade è possibile cogliere l'unità e le distonie della storia del Mezzogiorno. Storia di poteri, di conflitti, di crisi e di rinascite» (Ivi, p. 34).

La crescita culturale e commerciale che aveva preso stura a cavallo del nuovo millennio fu però nuovamente ostacolata da pestilenze, carestie e dalla invasione dei Normanni che, con ferocia, procedettero a conquistare i territori bizantini ed in particolare la Calabria: la conquista di Roberto il Guiscardo e l'istituzione del ducato nel 1059 costituì la premessa per la creazione del *Regnum Siciliae* nel 1130. Quindi si ebbe un'altra rinascita di civiltà, alimentata da aperture culturali come il monachesimo benedettino che condivideva spazi, apostolato e attività assistenziali e come la Scuola medica salernitana che raccoglieva su base empirica la semiotica e i rimedi per la *mala pestis*. A questa fece seguito un'altra drammatica pandemia, la ben nota peste nera degli anni 1348-1350, esplosa in Oriente

nel 1346 e portata in Italia attraverso alcuni mercanti genovesi: essa ebbe l'effetto di generare una grave crisi demografica ben descritta dal cronista Buccio di Ranallo che, nella sua *Cronica Aquilana*, ricordava l'enormità delle perdite, l'aumento dei prezzi di medicinali e di beni di primaria necessità e la dissoltezza del popolo.

Di qui avrebbe preso avvio una parabola di ricorrenze cicliche dei contagi che si sarebbe conclusa solo nel 1422, coincidente con la fine del tempo lungo del medioevo meridionale, compreso tra la peste di Giustiniano del 531 e l'inizio della nuova era dell'Umanesimo, che, con il governo degli Aragonesi, diede impulso all'economia marittima con l'apertura di nuove rotte commerciali, la riorganizzazione della fiscalità e dell'attività agraria e con l'incentivazione della creatività artistica e dello studio della medicina empirica. Era il principio di una nuova civiltà, che a metà Quattrocento avrebbe assunto i caratteri di un progresso basato sulle capacità umane di dominare la natura e di rendere l'uomo protagonista della storia, omologando tratti originali di politica territoriale, culturale e mercantile alle esigenze sociali con progetti innovativi (repressione abusi feudali, miglioramento rete viaria, nuove strutture ospedaliere, potenziamento dei monti di pietà).

In questo *excursus* storico, accompagnato da ampie citazioni documentarie, il cammino delle civiltà è descritto attraverso una attenta analisi del regresso/progresso delle reti viarie romane (già oggetto di pregevoli studi del Dalena), che, nonostante il declino seguito alla guerra greco-gotica e all'invasione longobarda, rimasero le principali arterie di comunicazioni per tutto il medioevo: basti pensare alla via Appia o alla via Traiana, principale collettore tra Benevento e Brindisi, cui si ag-

giunsero percorsi alternativi scelti dai longobardi in quanto lontani dalle coste battute dai bizantini. L'importanza delle vie di comunicazione, fondamentali per la funzionalità degli apparati amministrativi, avrebbe determinato, nei re Rotari e Liutprando, la necessità di introdurre norme rivolte alla loro tutela e manutenzione e nei normanni di controllarle e presidiarle con imponenti fortificazioni, che poi avrebbero dato luogo all'ubicazione di cospicui centri abitati (Bari, Brindisi, Melfi, Venosa, Acerenza, Cosenza e Reggio). Ulteriore impulso allo sviluppo della viabilità sarebbe stato determinato, a partire dall'XI secolo, dalla migrazione e dall'attività culturale ed economica del monachesimo italo-greco, che favorì la fondazione di monasteri e chiese, disboscando e dissodando ampi territori, aprendo nuove strade di raccordo tra i centri demici e i luoghi in cui si esercitavano le attività produttive, generando così una viabilità minore che sarebbe divenuta essenziale per collegare le proprietà fondiarie interpoderali.

Un interesse scientifico alla gestione politica del territorio si sarebbe avuto con re Ruggero II, al quale si deve il merito di aver valorizzato le esperienze cartografiche arabe al fine di conoscere a fondo il territorio – e in particolare le vie di comunicazione, i porti e le città – e poterlo governare adeguatamente, migliorando tutte le strutture connettive, per la sicurezza delle quali furono adottate disposizioni rivolte a punire l'*insultus viarum* connesso ad atti di violenza e banditismo che condizionavano circolazione e trasporti e limitavano i traffici mercantili. L'attuazione di tali direttive avrebbe determinato severi controlli da parte di *baiuli* e *procuratores* su strade e ponti, con la previsione di un sistema di pedaggi rivolti alla concessione di una autorizzazione di pas-

saggio. Questo indirizzo politico sarebbe stato perseguito successivamente anche da Federico II di Svevia (a cui l'Autore dedica l'ultimo capitolo, nel quale descrive con acribia i conflittuali rapporti con il papato), che avrebbe adottato provvedimenti per far risistemare e custodire le strade a tutela dei viaggiatori vittime di grassatori e di osti disonesti.

Di particolare interesse risultano gli aspetti giuridici evidenziati da Dalena nella ricostruzione delle diverse civiltà: la efficace descrizione del sistema curtense in età longobarda e del sistema feudale in età normanno-sveva; i continui riferimenti alle assise di Capua e di Messina, alle Assise di Ariano e alle costituzioni melfitane in ordine alla gestione delle politiche migratorie e feudali; la attenta analisi della condizione giuridica delle donne e delle consuetudini matrimoniali attraverso i libri penitenziali e le compilazioni canoniche; il sostegno del monachesimo cistercense da parte di Federico II, documentato attraverso donazioni e privilegi e rivolto a un capillare controllo del territorio.

Tali ultime considerazioni rendono il volume *Civiltà in cammino* – dato alle stampe a conclusione della straordinaria carriera accademica dell'Autore – un contributo prezioso per la conoscenza e la comprensione della storia del Mezzogiorno (come ha evidenziato Jacques Le Goff nel 2012 con riferimento a precedenti pubblicazioni del Dalena), in considerazione della lucidità e chiarezza espositiva, corroborata da un solido apparato documentale, con cui vengono analizzati temi ambientali e istituzionali in un vasto arco temporale che va dal VI secolo al XIV secolo. Più che condivisibile è, quindi, il giudizio espresso dal prefatore, Antonio Felice Uricchio, il quale ha evidenziato come «Dalena nel costruire il modulo storiografico arriva a proporre una lettura strutturale del-

l'ambiente, una *histoire à apart entière*, sul modello della migliore storiografia francese, che tiene presente tutti i differenti aspetti della fenomenologia euristica e metodologia proponibile: da piano "evenemenziale" (cioè dall'esposizione dei "fatti", che non sono riconducibili a semplici "eventi") a quello della lunga durata, dalla storia dell'ambiente a quella delle strutture materiali dell'economia e della società (in particolare nelle componenti varie) dalle vicende politiche a quelle istituzionali, dalle tradizioni ai costumi locali» (Ivi, p. 8).

Stefano Vinci

Renate Zedinger, *Maria Luisa de Borbón (1745-1792). Großherzogin der Toskana und Kaiserin in ihrer Zeit* (Schriftenreihe der Österreichischen Gesellschaft zur Erforschung des 18. Jahrhunderts, 22), Wien-Köln, Böhlau, 2022, pp. 195

Le fruttuose indagini di Renate Zedinger si arricchiscono di un nuovo capitolo che ha il pregio di coniugare la lunga e prestigiosa esperienza dell'autrice con l'attenta lettura delle fonti, tra cui l'epistolario – ufficiale ed intimo – di Maria Luisa (o Ludovica) di Borbone, granduchessa di Toscana e imperatrice. Il volume, di rapida e accattivante lettura, amplia la schiera di figure femminili della *Ahnengalerie* austriaca che non si esaurisce nella sola Maria Teresa. Il filone di ricerca sulle regine e imperatrici è infatti in pieno sviluppo come attestano, ad esempio, la raccolta *Nur die Frau des Kaisers? Kaiserinnen in der Frühen Neuzeit*, a cura di Bettina Braun, Katrin Keller e Matthias Schnettger (Vienna, 2016), la raccolta *Io, la Regina II. Maria Carolina d'Asburgo-Lorena e il suo tempo*, a cura di Giulio Sodano e Giulio Brevetti (Quaderni di Mediterranea-ricerche storiche, 2020), la mo-

nografia *Die Kaiserin. Reich, Ritual und Dynastie* della stessa Keller (Vienna 2021) e *Maria Sofia, l'ultima regina del Sud* di Aurelio Musi (Venezia 2022), dedicata alla moglie di Francesco II delle Due Sicilie nonché cognata dell'imperatore Francesco Giuseppe, in quanto sorella di Elisabetta di Baviera.

La radice borbonica di Maria Luisa la colloca d'altronde all'incrocio dei percorsi storiografici coltivati da Zedinger, il cui *magnum opus* su Francesco Stefano (Vienna 2008) si affianca a pubblicazioni sulla Lorena, i rapporti franco-asburgici nel Settecento, i Paesi Bassi austriaci e in particolare i funzionari di Vienna che vi svilupparono le loro carriere. Tra questi spiccò quel Carlo Cobenzl (1712-1770) ricordato in un 'medaglione' di Carlo Morelli nell'*Istoria della Contea di Gorizia*. Come spiega la studiosa, le prime tracce sulla persona e sull'ambiente di Maria Luisa sono affiorate tra le carte del suocero Francesco Stefano nel Lothringisches Hausarchiv all'Archivio di Stato a Vienna, per proseguire poi a Praga, Dresda, Madrid e Milano fino a Firenze, l'antica capitale in cui iniziò l'avventura 'italiana' della principessa a fianco del consorte Pietro Leopoldo.

La 'secondogenitura', come si diceva allora nel gergo diplomatico e di corte, collocava la Toscana in una posizione peculiare. I Lorena ('pudicamente' da noi si omette il nome Asburgo), a partire da Francesco Stefano e Maria Teresa (che proprio a Palazzo Pitti furono informati della morte di Carlo VI) e fino alla campagna francese d'Italia del 1796-1797, cercarono di smarcarsi da un pedissequo allineamento a Vienna, salvo mantenere il diritto di successione imperiale. Zedinger evidenzia come l'unione delle due case abbia creato una nuova dinastia, nonostante le superiori esigenze di continuità con la linea asburgica e la prematura

morte di Francesco Stefano contribuirono a dissolverne il ricordo e a lasciare l'illustre vedova a riempirne il vuoto. Lo scenario toscano e il periodo 'lorenese', già esplorati da Adam Wandruszka con lo studio su Pietro Leopoldo (Vienna 1963-1965, trad. Firenze 1968) e da Franz Pendorfer sul figlio Ferdinando III (Vienna 1984 / Firenze 1986), contribuiscono a restituire alla giusta dimensione europea quella cerchia di amministratori e giuristi che include i fiorentini Neri e Gianni, l'aretino Tavanti e i carinziani Francesco Della Torre-Valsassina (Bleiburg) e Franz Xaver Orsini-Rosenberg.

Propiziato dalla 'rivoluzione diplomatica' di Kaunitz, il matrimonio di Leopoldo con Maria Luisa, figlia di Carlo III, re di Napoli e poi di Spagna e a sua volta un riformatore, irrobustì la posizione dei Lorena e gettò nuovi ponti verso i Borbone. La madre di Carlo, Elisabetta Farnese (cui Giulio Sodano ha dedicato un'ampia biografia, Roma 2021), aveva gettato le basi per la potenza della famiglia nella Penisola. Invece la figlia dello stesso Carlo, principessa 'italiana' per nascita (venne alla luce al castello di Portici nel 1745), grazie al suo legame con Madrid stabili, in una realtà impoverita dalle dissipazioni dell'ultima età medicea, una corte a tutti gli effetti, preconditione per quel «moderno stato toscano nello spirito dell'Illuminismo» coltivato dal marito Leopoldo. Ben sedici figli avrebbero poi sostenuto le sorti della casata nel Granducato e nell'Impero, rispettivamente fino al 1859 e al 1918, date fondamentali per la storia d'Italia.

Le nozze, celebrate ad Innsbruck nel 1765, furono funestate dalla repentina scomparsa dell'imperatore Francesco I. Il lutto accelerò la partenza della giovane coppia per Firenze, dove si trasferì come ministro principale quel Rosenberg che aveva esordito in diplomazia all'ombra di

due veterani come il padre Philipp Joseph e l'esperto Carlo Cobenzl e che aveva negoziato i patti nuziali della giovane coppia in veste di ambasciatore austriaco a Madrid. Zedinger ben sottolinea le preoccupazioni degli inviati asburgici alle corti di Napoli e di Madrid, dove la principessa crebbe, riguardo alla sua educazione e salute, doti che non potevano difettare in alcuna candidata sposa. Precise e frequenti furono le relazioni di Rosenberg, capace di una solida analisi introspettiva sulla personalità dell'ambizioso Carlo di Borbone, di cui Maria Luisa era la figlia prediletta e ben presto apprezzata per il «carattere gentile e amichevole, la sua perfetta conoscenza delle lingue straniere e, non ultimo, il suo aspetto attraente».

L'avveduta politica lorenese si accattivò un largo consenso grazie al ritorno di Firenze sulla scena europea. Maria Luisa abitò le camere del piano nobile di Palazzo Pitti, oggi note come Appartamenti reali, e dotò il prospiciente giardino di Boboli di un importante *jardin potager*, mentre l'ala sinistra del Palazzo, che aveva alloggiato gli ultimi Medici, accolse viaggiatori illustri e delegazioni ufficiali con balli e banchetti. Di quell'epoca sopravvive un unico ambiente, il Gabinetto Ovale, arredato con carta da parati cinese. Il seguito della sovrana proveniva dalle terre ereditarie dell'Impero tranne una dama spagnola, Basilia de la Vega, che assicurava i contatti con la corte di origine. Nella stessa ala sostò Maria Carolina d'Austria mentre si recava a Napoli nel 1768 come sposa del re Ferdinando IV, fratello di Maria Luisa, uomo rozzo e ignorante dedito più ai piaceri della caccia che al governo. Durante la mascherata in onore dell'arciduchessa, la coppia granducale sfilò in costumi cinesi di fronte a diecimila invitati.

Maria Luisa e Leopoldo si ritiravano volentieri nella villa di Poggio

Imperiale, risalente al XVI secolo ma ristrutturata dall'arciduchessa Maria Maddalena verso il 1630, e le impressero il carattere che conserva ai nostri giorni. Visitando città e paesi di tutto il loro dominio, si fecero un'idea precisa delle condizioni del paese raggiungendo le più remote località. Intanto la concordia regnava anche negli affari esteri mercé l'alleanza austro-borbonica. Firenze divenne così un crocevia diplomatico, da una parte comodo punto d'osservazione italiano per gli umori viennesi e la «giostra nuziale» messa in piedi da Maria Teresa, dall'altra *piéd-à-terre* per gli stranieri interessati alle primizie da Roma, Napoli, Parma e Madrid. Le nozze dell'arciduchessa Maria Antonietta con il Delfino completarono la 'rete' tereiana, ma richiamarono anche nuova attenzione su Firenze, che cominciò a essere vista con sospetto.

La granduchessa non voleva apparire interessata alla politica, ma servì da tramite con Madrid per il cognato Giuseppe II e fece di Palazzo Pitti il centro della vita sociale toscana. Fuori dagli eventi pubblici le sue stanze accoglievano 'accademie private' con colloqui e musica, come la traduzione italiana di *Alexander's Feast* di Händel o la recita del rivoluzionario *Orfeo ed Euridice* di Gluck. Il granduca Leopoldo amava sostituirsi al cembalista e non mancò di accompagnare Maria Carolina impegnata nel canto di un'aria. Erano di casa i membri delle famiglie della grande aristocrazia locale e della colonia inglese, che ricambiarono offrendo le proprie residenze per ogni sorta di festa. Il teatro e il carnevale occupavano un rilievo tutto speciale, cui Maria Luisa non si sottrasse malgrado le frequenti gravidanze: nel 1768 nacque l'erede al trono Francesco. Tra i suoi molteplici viaggi in incognito, l'imperatore poté godere dell'ospitalità serena del fratello e della cognata, che ridusse al

minimo l'etichetta e aprì alla cittadinanza il giardino di Boboli come il Prater a Vienna. Alcune tra le numerose lettere di Giuseppe a Leopoldo ne rivelano la «malinconica amarezza per la propria situazione famigliare, quando scrive di non essere né padre né marito, ma di sentirsi 'en famille' a Firenze».

Sull'Arno giunsero anche i Mozart padre e figlio: il giovane Wolfgang Amadeus intrattenne per ore Maria Luisa, lieta per di spezzare la noia dell'ennesima gravidanza e prossima a visitare per la prima volta l'Austria, via Venezia, con tappe a Trieste, Graz, Vienna, Bratislava e Mariazell. La sua melomania poteva contare anche su una raccolta personale di circa duecento partiture manoscritte che facevano parte della biblioteca privata. Oltre all'italiano, a corte si parlavano francese, tedesco, inglese, fiammingo e latino, lingue a cui anche i giovani arciduchi dovevano abituarsi in vista di un futuro nell'Impero. Il 'multilinguismo della quotidianità' celava in parte le carenze culturali rimproverate dall'imperatore Giuseppe. Malgrado l'affiatamento, Maria Luisa era consapevole dell'importanza dinastica del suo matrimonio e sopportò la relazione del marito con la bellissima ballerina Livia Raimondi, da cui nacque un figlio illegittimo e che visse nella Palazzina della Livia ancora oggi visibile in piazza San Marco a Firenze.

Nonostante tutto, quella di Maria Luisa e Leopoldo fu un'unione fortunata. «Sono molto legato a mia moglie», affermò quest'ultimo. Attenzioni e cure reciproche iniziarono sin dai primi giorni e proseguirono nel corso di viaggi, serate in società e riunioni di famiglia. Anche se Maria Teresa era contrariata dal suo interesse per la storia e per gli affari politici, la granduchessa trovava incoraggiamento nel marito: «Mia moglie condivide con me questa passione ed

è in grado di partecipare alle nostre conversazioni». Non solo, ma curava anche la corrispondenza di Stato durante le assenze di Leopoldo. Maria Luisa si fece carico di tenere i rapporti con Parma, dopo che la cognata Maria Amalia ruppe con la madre imperatrice. E se la bellezza le fece difetto, specie con il passare degli anni, la sua vivacità di spirito colpì testimoni implacabili come Karl von Zinzendorf, governatore di Trieste, con cui il granduca Leopoldo discusse questioni economiche e amministrative e possibili riforme.

Tuttavia il destino della coppia fiorentina era segnato, in mancanza di figli dell'imperatore Giuseppe. Maria Luisa era consapevole di questi obblighi e non fece nulla per opporvisi ma nemmeno per favorirli. Resistette alle pressioni di Giuseppe perché l'erede Francesco non si trasferisse a Vienna prima di aver compiuto sedici anni. E quando venne il momento, con il pretesto della salute evitò di accompagnare figlio e marito: troppo doloroso era per lei il distacco. Anche per i matrimoni degli altri figli servì l'assenso del dispotico capofamiglia, che strappò al fratello pure la temporanea rinuncia all'indipendenza toscana.

Alla morte di Giuseppe (1790), Leopoldo e Maria Luisa si trasferirono a Vienna; la famiglia era talmente nutrita che furono organizzati tre convogli di arciduchi, che partirono a giorni di distanza l'uno dall'altro. Seguì un intenso biennio in cui si alternarono incoronazioni, il profondo ripensamento delle innovazioni giuseppine e serrate trattative con i principali Stati europei colti di sorpresa dalla tempesta rivoluzionaria. Furono organizzate per i figli altre unioni che i veti del vecchio imperatore avevano impedito, tra cui le triplici nozze con la casa reale di Napoli (gli eredi imperiale e granducale con due figlie di Ferdinando IV e Maria Clementina con il principe ere-

ditario Francesco delle Due Sicilie). Non è difficile scorgere in questa strategia – anche se l'autrice non lo rileva – l'attrazione asburgica per l'Italia, inaugurata da Carlo VI e proseguita da Maria Teresa, che si sarebbe estinta soltanto con l'Unità. Ma era anche un 'ritorno' alle radici napoletane della stessa Maria Luisa, che giocò in prospettiva un ruolo non secondario per le vicende italiane.

Interessanti dettagli emergono poi dalle pagine sulla vera e propria 'estate nuziale' del 1790. Il corteo napoletano, dopo aver attraversato l'Adriatico, visitò le scuderie di Lipizza, le miniere di mercurio di Idria e fece tappa a Lubiana. Ferdinando IV amò soprattutto la Carniola come scenario ideale per la sua insaziabile sete di selvaggina. Gli sponsali si tennero poi a Vienna con un grandioso banchetto, ultimo fasto di una stagione morente. L'unica nipote che Maria Luisa poté conoscere – annota Zedinger – fu la prima nata dalla coppia Francesco-Maria Teresa, battezzata con il suo stesso nome e destinata a un impensabile sacrificio: il matrimonio con l'«usurpatore» Bonaparte. Per il momento, tuttavia, assistette alle incoronazioni del marito da 'spettatrice privilegiata' e godette di tutti i divertimenti che seguirono alle cerimonie.

Mentre Maria Luisa si occupava delle lettere di assegnazione nell'esercito, Leopoldo trovò un difficile compromesso con la Prussia tramite la convenzione di Pillnitz, al cui negoziato partecipò il vicesegretario Filippo Cobenzl; quindi ricevette la corona boema dopo quella ungherese per rinsaldare i legami con i popoli della Monarchia. A Praga l'imperatrice partecipò alla prima de *L'incoronazione di Tito*, composta da Mozart per l'occasione, ma ne scrisse come di una «porcheria tedesca». Zedinger osserva che la sovrana, acuta conoscitrice della storia, si irritò al

paragone con l'imperatore Tito, cui il destino aveva concesso solo un breve regno, come poi fatalmente avvenne per Leopoldo e Maria Luisa: nel 1792 la morte li colse, ancora giovani, a distanza di due mesi e mezzo, dopo ventisette anni insieme.

È altresì felice la scelta di dedicare un capitolo ai tanti figli della coppia 'toscana' che occuparono incarichi di rilievo durante la stagione napoleonica e Biedermeier. Ognuno prese la sua strada grazie al successo del programma educativo impartito dai genitori: Francesco come imperatore, Ferdinando come granduca nei momenti difficili, Carlo come condottiero, Giuseppe palatino d'Ungheria, Giovanni 'principe della Stiria', Antonio Vittorio e Ranieri viceré del Lombardo Veneto, Rodolfo cardinale e patrono di Beethoven, Maria Teresa regina di Sassonia, Maria Clementina regina di Napoli, e infine Maria Anna badessa a Praga.

L'opera ha il merito di riportare alla luce una figura, definita «una compagna congeniale del marito, una granduchessa accorta e un'imperatrice equilibrata», e la sua famiglia, che da «piccolo ingranaggio nel gioco di potere delle Case d'Asburgo e di Borbone» diede vita a esperienze illuminate come la Reggenza lorenese in Toscana e l'assestamento delle riforme giuseppine. L'importanza di Maria Luisa e di Pietro Leopoldo è ancora maggiore se si considera che dalla coppia rifiorì il ceppo degli Asburgo, attraverso non meno di quattro linee principali sopravvissute dopo il 1918. Il volume offre così un ritratto a tutto tondo in grado di stimolare parecchi spunti di riflessione validi non solo per ulteriori approfondimenti biografici, ma anche per la comprensione di un'epoca di profonde trasformazioni come il tardo Settecento.

Federico Vidic

Elisa Novi Chavarria, Philippe Martin (a cura di), *Emozioni e luoghi urbani. Dall'antichità a oggi*, Viella, Roma, 2021, pp. 5-524.

In più occasioni, cominciando il corso di "Storia delle città" ho proposto agli studenti le righe che Italo Cavino ha dedicato a "Zaira" nel suo "Le città invisibili": Zaira dagli alti bastioni, città fatta di relazioni fra le misure del suo spazio e gli avvenimenti del suo passato, città imbevuta come una spugna dall'onda che rifluisce dai ricordi. Zaira contiene il suo passato, «lo contiene come le linee d'una mano», e il suo passato è fatto di grandi e piccoli eventi e degli effetti suscitati nelle persone: le emozioni? Il terreno è scivoloso e confondente la contiguità fra sentimenti ed emozioni, come ci ricorda Diego Carnevale, autore di uno dei saggi che compongono questa corposa silloge (pp. 305-306).

Piacevano sempre quelle righe di Calvino e davano il giusto avvio a un corso che cercava di occuparsi sì di spazi ma anche di persone e dei loro possibili vissuti, tanto della città di pietra (*urbs*) come di quella delle relazioni e dei sentimenti (*civitas*). Ho accolto quindi con particolare favore il libro dedicato a "Emozioni e luoghi urbani" curato da Elisa Novi Chavarria e Philippe Martin e ho apprezzato anche la copertina che propone un quadro di Antonio López García, pittore spagnolo dei nostri tempi, che rappresenta uno scorcio di città e lo scorcio di una persona che guarda verso di noi: la storia è sguardo, o almeno è ricostruibile grazie agli sguardi che risentono anche delle emozioni.

È un campo di indagine o meglio è uno sguardo sulla storia relativamente nuovo quello che intende proporre alla riflessione la sfera delle emozioni a sviluppo di impulsi pervenuti già dalla scuola delle Annales (L.Febvre, *La sensibilité et l'histoire*.

Saggio presentato nel 1938 e pubblicato nel 1943): di tutto ciò parla Elisa Novi Chavarria in apertura del volume *Tra emotion history e storia urbana: i percorsi della ricerca*. Nel 2015 è uscito in Francia il volume di Damien Boquet e Piroska Nagy *Sensible Moyen Age. Une histoire des émotions dans l'Occident medieval* tradotto in italiano nel 2018. Nel 2012 era uscito anche il volume di J. Plamper, tradotto in italiano nel 2018 con il titolo *Storia delle emozioni*. Come scrive Diego Carnevale la stagione di ricerche sulla rilevanza storica delle emozioni si è avviata alla fine del secolo scorso anticipata da lavori importanti quali quelli di Jules Michelet e di Johan Huizinga. Fra i nomi illustri degli studiosi che se ne sono occupati relativamente di recente, primeggia quello di Barbara Rosenwein (*Emotional Communities in the Earle Middle Ages*, Cornell U.P., Ithaca, New York 2006). Fra incertezze sulla possibilità di interpretare gli stati d'animo e dubbi sulla loro immutabilità nei secoli si sono moltiplicati negli ultimi anni gli studi che hanno portato fra l'altro alla pubblicazione di una serie di lavori prodotti dalla Society for the History of Emotions giunti al quinto volume (n. 2, 2021) di *Emotions: History, Culture, Society*, rivista pubblicata dall'editore Brill (Leiden-Boston). Con questo volume si vuole compiere un percorso di lungo periodo e attraversare località non solo italiane a caccia di indizi o prove del legame affettivo che ha connesso città ma anche quartieri o singoli componenti dell'insieme urbano a stati d'animo annotati e ricostruibili utilizzando fonti di diversa natura. L'idea di fondo era quella «di mettere in dialogo tra loro gli stimoli e le riflessioni derivanti dalla storia delle emozioni con le prospettive della più recente storia urbana» (p.17 dell'intervento introduttivo di Novi Chavarria).

Impossibile dire qualcosa di ciascuno dei 29 contributi che sostanziano il volume fra singoli studi, introduzione e conclusioni. Non posso che seguire il tracciato del volume distinto in sezioni, scritture, pratiche, rappresentazioni, e dar conto di qualche frustolo di un discorso complessivo che mi ha certamente coinvolto e che mi limito a riferire per impressioni, scorci, appunto, sguardi rapidi che spero invitino ad affrontare con la dovuta sistematicità le questioni alle quali posso solo alludere. Mi limito dunque a qualche reazione personale al lavoro di molti studiosi alle prese con la diade emozione-luoghi urbani. Fra le reazioni suscitate dalla lettura vi è il recupero di un passo del trattato trecentesco, *Crestia* (Il cristiano) del francescano catalano Francesc Eiximenis, che enumera molte ragioni per le quali vivere in città accresce la virtù. Una di queste è che le città sul mare rallegrano. Il francescano pensava verosimilmente alla sua Valencia, ma fa esplicito riferimento a Napoli a proposito di mare che comunica allegria. Le parole dell'Eiximenis mi sono venute in mente leggendo il saggio di Plebani, *Venezia: sentimenti di mare e di terra nella prima età moderna*, che appartiene alla prima delle tre sezioni. L'ambiente lagunare viene qui definito come «straordinariamente performativo ed emozionante» (p. 84), come sfidante e con caratteristiche del tutto peculiari che hanno ispirato tentativi di armonizzazione fra mare e terraferma, nonché l'attribuzione al mare di un genere, quello femminile consegnato all'autorità maschile del doge che, sposato al mare, doveva tenere a bada la percezione del rischio (p. 89).

Sono ancora acque a ispirare emozioni nel caso dei Navigli di Milano interrati fra Otto e Novecento e suscitatori di una nostalgia collettiva. Ne parla Elena Riva (*Tra orgo-*

glio e nostalgia: l'eredità affettiva dei Navigli di Milano) a proposito del sentimento diffuso in chi non ha mai visto quei canali diventati un «meta spazio che, nella realtà, non è mai esistito, almeno non nei termini con cui le fonti, soprattutto quelle narrative, l'hanno descritto» (p. 187). Se oggi sono oggetto di nostalgia, un tempo i navigli lo furono di orgoglio: in pieno Quattrocento i 90 km circa di canali navigabili costruiti da Milano erano un record, un vanto di lunga durata per poi diventare un intralcio al miglioramento delle condizioni igieniche. Oggi sono un potente luogo della memoria. Questa lettura dei Navigli mi ha colpito e rientra nell'insieme non molto coerente di schegge di pensiero che ho ricavato dalla lettura di questo libro suggestivo, fatto di contributi assai diversi fra loro, tesi a ricostruire le emozioni suscitate dalle città viaggiando, come ad esempio fa Piero Ventura, nelle fonti che parlano della Napoli del Seicento (*Vedute, e nozioni e politica neel capitali europee fra XVII e XVIII secolo. Un "viaggio" nelle fonti*). Di Napoli parla anche Elisa Novi Chavarría (*Strade strette ed oscure, malinconiche. Napoli 1533*) chiamando in causa una malinconia dai molteplici significati (p. 109).

Nei racconti della prima parte ci sono dunque Venezia, Milano, Napoli ma anche Nola nel Trecento (nel saggio di Luigi Tufano) o le città della Calabria nel contributo di Domenico Cecere.

Nella sezione delle Pratiche più di un saggio evoca le emozioni religiose, da quello di Cecilia Ricci (*Culti indigeni ed emozione religiosa dei pretoriani nella Roma del III secolo*) a quello di Rossella Cancila (*Sublimare le emozioni: il sacro Monte della devozione. Palermo secc. XVII-XX*) dedicato al Monte Pellegrino, luogo sacro dall'antichità dove furono rinvenute le reliquie di santa Rosalia. Siamo a Palermo nella seconda decade del

Seicento mentre la peste infuriava. Sotto una potente ondata emozionale nel giro di un anno si ritrovarono i resti della santa (non era la prima volta che si trovavano sacri e amati resti quando in un quadro di gravità ce n'era un gran bisogno!), vennero sistemati in Cattedrale e finì la peste in un clima di partecipata letizia e fortissima emozione. La Santa e il Monte costituiscono un'unità inscindibile e l'aspetto del monte subì nel tempo profonde modificazioni divenendo uno degli elementi caratterizzanti le vedute d'insieme.

Di devozione ed emozioni si occupa anche Sylvène Edouard (*Devozione ed emozioni. Un secolo di fervori ad Alcalá de Henares sulle spoglie di San Diego, 1463-1589*). Emozioni a diversa matrice sono evocate da Gautier Mingous in uno dei saggi della seconda parte (*Con la più grande gioia e festosità. Governare la gioia urbana a Lione e a Grenoble durante le guerre civili del XVI secolo. 1555-1588 ca*). L'autore tratta il tema della gioia urbana a Lione e a Grenoble durante le guerre civili del XVI secolo che produssero rivolte, rabbia, dolore e paura ma anche costruzione da parte del potere politico di situazioni in grado di determinare gioia come strumento di rafforzamento del consenso popolare. Si ricostruisce l'uso politico delle manifestazioni organizzate a Lione e a Grenoble in pieno XVI secolo con processioni solenni, fuochi d'artificio e falò che dovevano essere visibili anche da molto lontano e suscitare emozioni rinforzate dal suono di trombe, tamburi, oboi, ma anche dal fracasso di pistole e archibugi in una colossale tempesta di rumori ed emozioni. Il tema qui trattato è quello del divertimento come frutto di una decisione del potere regale (p. 279), di una strategia della distrazione che vedeva nella festa un sapiente strumento di comunicazione ma direi anche di azione politica.

Più privati, sussurrati e nascosti erano invece i gesti di chi in città praticava l'ammaliamento: ne parla Vincenzo Lagioia nel saggio dedicato alle strade e ai vicoli della Bologna del XVII secolo nei quali vivevano e si aggiravano donne capaci di segnare i corpi o di proporre malie e sortilegi per calamitare (e vere e proprie calamite avevano una parte importante nelle pratiche) sentimenti ed emozioni: «i luoghi abitati dalla comunità non sono solo provvisori contenitori ma spazi emotivi che accolgono le parole, i gesti e le azioni di chi li abita» (p. 304).

Fra i gesti e le azioni cariche di emozioni e capaci di comunicare emozioni vi erano quelle di chi abbandonava neonati depositandoli nelle Ruote destinate ad accogliere i piccoli che le famiglie non potevano crescere. Possiamo tentare di immaginare gli stati d'animo e in qualche caso anche ricostruirli grazie a bigliettiini, oggetti d'accompagnamento, elementi simbolici di drammi e desideri che Carmela D'Ario e Marine Goburdhun hanno cercato di ricostruire per la Real Santa Casa dell'Annunziata di Napoli. Sono storie che ci colpiscono lontane, ma non lontanissime dalle nostre vite attuali che conoscono bene l'esperienza e il grumo di sentimenti legati al tema del confine. L'essere sul confine, segnare un confine fa di una città di frontiera un luogo di emozioni: ne parla Nina Bacchini a proposito di Ventimiglia, città ligure a una decina di chilometri dalla frontiera francese. Punto di passaggio, crocevia di migrazioni, Ventimiglia è stata e continua a essere luogo di vivide speranze e di cocenti delusioni e ancora oggi è un importante osservatorio delle dinamiche migratorie. Nelle città di confine si registrano e giustappungono in chi vi abita sentimenti diversissimi, di solidarietà e di fastidio, di accoglienza e di respingimento e l'esperienza del dispositivo

confinario spesso determina nei migranti l'interiorizzazione della frontiera con il drammatico vissuto di essere espellibili e deportabili in ogni momento (p. 360).

La lettura dei saggi sui piccoli abbandonati e sui confini come linea di demarcazione fra un presente drammatico dal quale si vorrebbe fuggire e la speranza in un futuro migliore mi ha richiamato alla memoria le scene angosciose recenti di bambini consegnati ai soldati americani da madri e padri afgani pronti a tutto pur di assicurare ai figli una vita migliore della loro al di là del filo spinato invalicabile. Questo nei nostri civilissimi tempi e nella terza e ultima parte del volume è soprattutto la contemporaneità a parlare della diade città-emozioni (con l'eccezione del saggio di Militello sull'acropoli di Scicli e di quello di Sylvène Edouard su devozione ed emozione fra XV e XVI secolo). I contributi di Maria Rosaria Nappi e di Rossella Cancila dialogano a distanza fra di loro. Il primo (*I movimenti ai caduti della Grande Guerra in Campania. Percorso emozionale*) tratta il tema dei monumenti ai caduti della Guerra del 1915-18, mentre nel secondo si affronta il tema dell'omaggio al giudice Giovanni Falcone, assassinato nel 1992. Si è trattato di un omaggio reso volontariamente da centinaia di cittadini che per esprimere rabbia e sdegno sono accorsi in pellegrinaggio presso l'abitazione del giudice e affisso messaggi sul tronco di un albero davanti al portone della casa del giudice: per condividere emozioni, sensazioni, pensieri (p. 454). Dall'iniziativa spontanea è nato un "albero della legalità" che ha ispirato altri analoghi "alberi amici". «Quel ficus magnolia dal 1992 è diventato un altare civile, un monumento davanti al quale sostare in silenzio, forse anche pregare, oppure manifestare» (p. 456).

Questo “monumento spontaneo” mostra di avere una forza comunicativa molto più intensa rispetto a quella affidata ai monumenti concepiti ed eretti dopo la vittoria italiana della prima guerra mondiale. O almeno questa è l'impressione che si prova oggi davanti alle opere promosse e realizzate dopo gli anni Venti del Novecento quando i monumenti cittadini tentarono una sorta di elaborazione pubblica del lutto (p. 412), cercarono di dar vita a un linguaggio semplice ma efficace della memoria bellica, di rendere omaggio a un gran numero di caduti.

Personificazioni della Madrepatria oggi suscitano meno emozioni di semplici liste di caduti che riportano date di nascita e di morte prematura che gridano il nome di uomini di ogni condizione, morti, spesso inconsapevoli, perlopiù giovanissimi. Quelle liste dovevano suscitare ammirazione e desiderio di emulazione e oggi, quando qualcuno si ferma a scorrer-

le, l'emozione più forte che determinano è lo scoramento per il destino tragico di quei ragazzi. Eppure continua il sacrificio di tanti giovani vite, un sacrificio posto ogni giorno sotto ai nostri occhi dalla televisione che sa e vuole comunicare emozioni a noi spesso rinchiusi nelle nostre case, soli davanti a un video ma ancora capaci di accorrere in piazza per testimoniare sdegno o entusiasmo: le città restano luoghi ad alta densità emotiva, nonostante infiniti, pervasivi e profondi mutamenti subiti dagli uomini e dai luoghi. Chissà se finché c'è emozione c'è possibilità di salvezza, di certo ora come nei secoli scorsi uno spazio urbano vuoto, senza persone, senza voci ed emozioni non è una città, come osserva Elisa Novi Chavarria (p. 9), ma una scenografia e di questo spettrale scenario oggi abbiamo tutti vividi, recenti e drammatici ricordi.

Maria Giuseppina Muzzarelli